

El horror de la barbarie

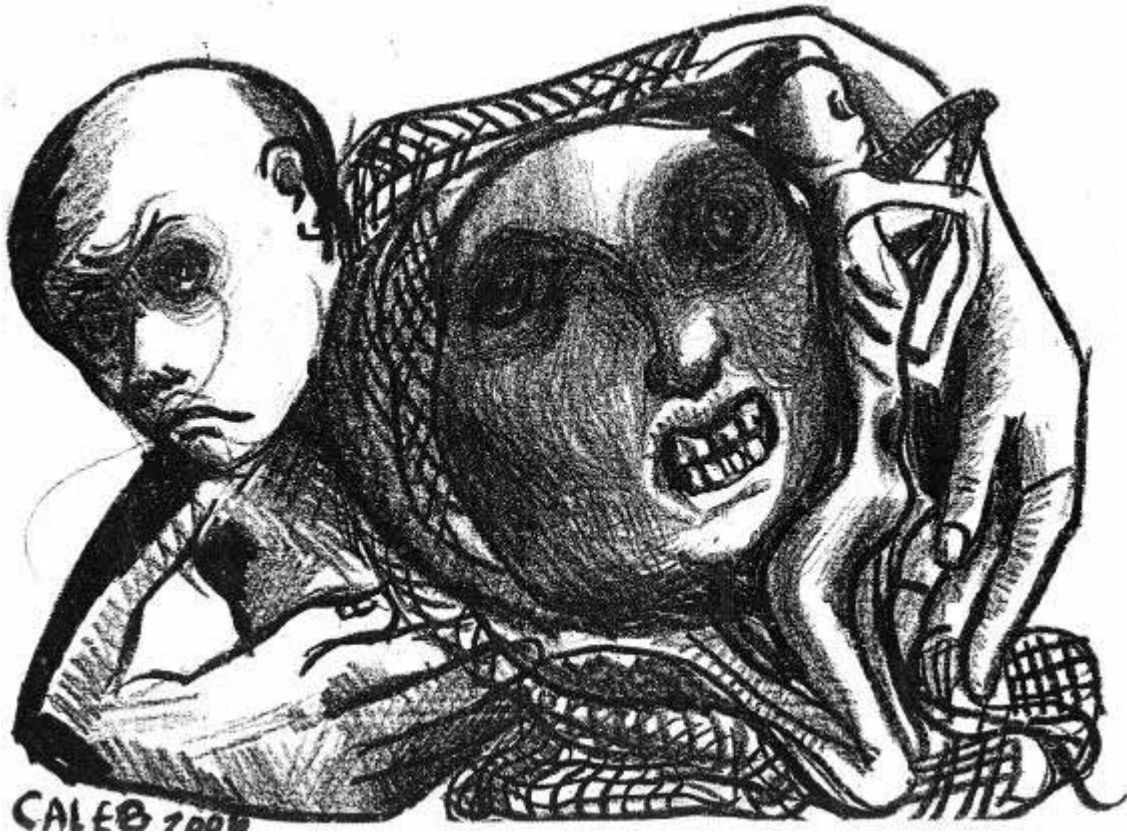
HUGO ENRIQUE SÁEZ

● Qué horror!, gime el buen burgués escandalizado por los crímenes que están cubriendo de sangre y crueldad el territorio de la República Mexicana. Pero, al mismo tiempo, se reconforta pensando que él nada tiene que ver con ese escandaloso e incontenible parte de una guerra anónima en que ninguna muerte se investiga ni se esclarece. Una autoridad sin autoridad alguna ha declarado que esas muertes no importan porque son de bandas de individuos que se matan entre sí. Sólo falta que se clame con la ridícula frase “¿y ahora quién podrá ayudarnos?”. Combatir la violencia requiere de un elemento clave: saber qué es la violencia. Y algo más. Una vez que sepa de qué se trata, ¿a quiénes les conviene enfrentarla?

El gobierno que asumió en diciembre de 2006 anunció como prioritaria la tarea de enfrentar al crimen organizado y el presidente ordenó operativos militares que se están aplicando en distintos estados del país. Al mejor estilo de los políticos “modernos”, se acompañó la estrategia de guerra con un bombardeo de spots y

noticieros en televisión dirigidos a convencer a la opinión pública de que por fin se manifestaba una voluntad decidida para acabar con el crimen. ¿Resultados? La ola de ejecuciones sigue in crescendo y se expande a territorios donde antes no había aparecido. Peor aún, un retén militar en Sinaloa acribilló y exterminó a una familia, entre cuyos integrantes figuraban niños, por el sólo hecho de que el conductor de la camioneta no acató la orden de alto. Por distracción, miedo o dolo, vaya a saber. Sin embargo, eso no justifica que se les aplicara la pena de muerte. En Michoacán se denunciaron hechos de violaciones a mujeres practicadas por miembros del ejército, además de que otros uniformados cometieron delitos de extorsión y robo de pertenencias. ¿El combate al narcotráfico se reduce a una lucha entre policías y ladrones? ¿Están preparadas las fuerzas armadas para las tareas que se les asignaron tan de repente? ¿Qué nivel intelectual y ético se le exige a un soldado para entregarle una máquina de matar llamada arma?

La violencia en todos los casos mencionados tiene raíces económicas. El problema moral o político depende de este factor determinante. La entera sociedad ha sucumbido al valor monetario y mercantil. Si se practi-



Alejandro Caballero

cara un test colectivo, una inmensa masa de la población respondería que está de acuerdo con la publicidad que dice: “Hay cosas en la vida que no tienen precio. Para todo lo demás está... (omito el gol)”. Se considera natural que el dinero mueva el mundo, incluso mediante el uso de la fuerza en sus distintas variantes. Los sentimientos íntimos están colonizados por los precios. Muchachas jóvenes declaran que la parte más sexy del cuerpo masculino es un bulto, el de la billetera. Cecilia Bolocco abandonó a su anciano esposo cuando la fortuna política y económica de éste declinó. En Sonora, numerosos escolares de primaria confesaron en una encuesta que de adultos querían ser “narcos”. Y con estos ejemplos no se trata de reivindicar una ñoña batalla entre lo material y lo espiritual, sino de exhibir el lado más determinante de la violencia. La motivación más profunda de la conducta en este “mundo libre” y globa-

lizado proviene de la aspiración a obtener la mayor cantidad de bienes económicos posible, sin distinguir que los medios sean lícitos o no, pacíficos o masacrantes; y tampoco importa la mercancía que se ofrezca en el libérrimo mercado mundial.

Las drogas, las armas y los cuerpos de la pornografía y la prostitución son tres tipos de bienes que producen enormes beneficios monetarios que ninguna legislación ha impedido blanquear. Una corriente migratoria planetaria muy importante se compone de jóvenes mujeres que salen de países del Este Europeo –donde claudicó el “socialismo real”–, del Caribe (incluida Cuba, desde donde parten hacia los estados mexicanos de la costa vecina), de Sudamérica, y todas ellas se dirigen a prostituirse en centros de diversión para los opulentos, o de medio pelo. Cualquier petimetre que llegó a gerente de una empresa considera que la visita a un table dance

constituye una experiencia erótica y estética de muy alto vuelo. En consecuencia, la violencia se manifiesta de diversas formas que en principio gozan de legitimidad entre amplios sectores. Hacer maniobras agresivas con el automóvil para ganar un lugar en el tráfico ciudadano, extorsionar a proveedores del Estado para adjudicarles una compra, quedarse con un celular que se encontró en la calle, invadir terrenos ajenos, hacer trampas en una guerra sucia para ganar elecciones, ubicar a familiares en puestos públicos para los que no están calificados, vender plazas y una infinidad de conductas similares son consideradas “normales” en la lucha por la supervivencia. En todas ellas se utiliza la fuerza, sea ésta física, emocional o simbólica. El poder fáctico torciendo las leyes en todas partes.

La decapitación de los cuerpos se ha convertido en una especie de cínica diversión de sujetos trastornados hasta la médula. Su práctica persigue dos objetivos: son muertes ejemplificadoras para generar terror y silencio, al tiempo que por su morbosidad sirven para su difusión morbosa en la prensa. Aun así, las ejecuciones llevadas a cabo por sicarios de los cárteles son la punta de un iceberg muy difícil de extirpar. En principio, por las complicidades que genera el dinero. El modesto general Obregón (modesto por la cantidad que mencionó como cañonazo) ya lo sabía. Su apotegma se ha convertido en norma de conducta masiva. A un soldado entrevistado en Colombia durante un estudio sobre sexualidad se le preguntó por qué eran tan irresponsables los varones que andaban embarazando muchachas a las que de inmediato abandonaban. Su respuesta fue que “un hombre no podía resistirse a un papayazo”. Entiéndase que en ese país y otros de la región la papaya no sólo es una fruta sino que su nombre sirve para denominar la vagina. Hay policías de diversas corporaciones y militares de distintas zonas sometidos a los capos de la

droga; hay desde insignificantes presidentes municipales hasta encumbrados políticos que han recibido jugosas recompensas por los servicios prestados; hay estrellitas de la farándula que han vendido sus caricias a jefes de la mafia. El poder de la extorsión y de la seducción del dinero es enorme. ¿Se puede terminar con esta metástasis social poniendo retenes militares que sólo afectan a despistados ciudadanos? En este plano no se debe olvidar que estamos ante una expansión de la violencia a nivel internacional que no debe confundirse con el terrorismo identificado por el Pentágono como su enemigo principal. No, la violencia anida en el sistema político y económico unipolar e involucra al conjunto de la población. En expresiones de violencia cotidiana estamos llegando a grados de saturación comparables con el problema del calentamiento global del planeta.

Algunos analistas proponen atacar al poder del narcotráfico donde les duele a sus detentadores, que es el dinero amasado para hacer funcionar el negocio. Otros se inclinan por legalizar el consumo de drogas. Ahora bien, si se está de acuerdo en que la violencia ha hecho metástasis en el tejido social, la única solución es emprender políticas transversales que involucren educación, economía, salud, ecología, comunidad. Sería deseable que tuvieran algún éxito quienes se embarquen en esas estrategias, pero antes tendrían que definir cómo entienden la violencia que van a combatir, de qué manera impedirán que el soborno sabotee la efectividad de las acciones, cómo incorporarán a la sociedad en esta cruzada. Con malos spots en los medios de comunicación no llegarán muy lejos. Una niña con voz medio tonta pide que detengan “a los que nos quieren vender droga en la puerta de la escuela”, y hace unos días se descubre que hay padres y sus respectivos hijos ejerciendo como distribuidores en las escuelas. ■